

mis conversaciones con maría josefa molera

por María Dolores Cabezudo

Si alguien dijera que María Josefa había actuado con frivolidad en alguna ocasión de su vida, por nimia que fuera, no la conoce. Observando la imagen que yo misma me he ido formando de ella a través de mi relación profesional, que luego ha derivado en una gran amistad, la no frivolidad es el rasgo que me parece más a propósito para dar comienzo a estas impresiones. Casi a la par, situaría yo su laboriosidad continuada. No se puede decir de ella que sea una persona nerviosa, sino una navarra con nervio. Otras muchas facetas de su personalidad podría enumerar pero, para ceñirme a su estilo, voy a tratar de demostrarlas, mejor que recitarlas, con motivo de su jubilación.

La vida de María Josefa, es una mezcla de vida profesional y familiar, con una pequeña componente de vida cívica, porque *"si quieres vivir ambas cosas plenamente, no te queda más tiempo para la vida ciudadana que el de aparcar bien el coche"*.

Vivir en Madrid los primeros años cuarenta no era fácil por lo que, aunque no hubiera sido por su decidida vocación por la Química y su gran sentido de la responsabilidad, hubiera hecho una carrera brillante, porque tenía que asegurarse la oportunidad de trabajar inmediatamente: *"Había que sobrevivir y esforzarse por resolver el porvenir"*.

Cuando le pregunto a M.J. si no temía que su condición de mujer fuera un inconveniente, o incluso, si lo ha padecido después, contesta rápidamente: *"¡En absoluto!"*. Tengo que pedirle que me cuente anécdotas para que nos enteremos de que: *"Cuando terminé la carrera, participé de las clases prácticas en la Cátedra de Química Técnica de la Universidad Central; cátedra que entonces desempeñaba el profesor Antonio Rius. Yo debía explicar unos apuntes de cátedra por lo que tuve que estudiarlos muy a fondo. Cuando el profesor Rius decidió publicar, basándose en dichos apuntes, el que creo que fue primer libro español*

de introducción a la ingeniería química, me confió la revisión del texto que contenía algunas inexactitudes e imprecisiones de concepto debidas a la rapidez con que habían sido hechos los apuntes. Puse mucho interés en corregirlos lo mejor posible, y el profesor Rius, con la delicadeza que le caracterizaba, hizo constar en el prólogo que yo había revisado el manuscrito".

Probablemente éste fue un paso que otros estudiantes habrán dado y les habrá valido la confianza de su futuro director de tesis. Lo que ya resulta menos probable, en el caso de los varones, es que puedan contar lo siguiente: *"Habiéndome propuesto el profesor Rius si deseaba que me dirigiera la tesis doctoral, acepté inmediatamente por su gran prestigio y la gran estima que nos merecía a todos nosotros, pero ello implicaba mi adscripción al que se seguía conociendo como 'Instituto Rockefeller', en condición de becario. No pudo ser así, porque el entonces director, profesor Casares, no admitía ninguna mujer en el Instituto; no obstante se me propuso realizar la tesis doctoral en la antigua Facultad de Ciencias, en la calle de San Bernardo, yo sola, en un recinto donde no había ni calefacción. Y la verdad, yo que no me sentía una madame Curie, no me sentía con fuerzas para afrontar tanta soledad y tanto frío. Por distintas razones, cuatro años más tarde de lo que debió haber sido, pude incorporarme al actual Instituto "Rocasolano", después de que una compañera y gran amiga —María Teresa Vigón— hubiera abierto el camino". Pero "estas cosas, son cosas de la época, y había que contar con ellas", ahora "estoy en mayor desacuerdo con muchas de las reivindicaciones feministas al uso"*.

El tema es lo bastante candente como para que yo haya querido insistir argumentando que, aún existiendo barreras, quizá M.J. las ha podido ir salvando por ser una mujer con una inteligencia superior a la

media y a la de muchos hombres, pero en esto es rotunda, para cortar por lo sano diciendo: "no conozco cuál es la media y no vale la pena hablar más de este asunto".

Para M.J. la vida familiar intensamente vivida es compatible con una vida profesional intensamente vivida también: "He hecho balance de mi dedicación a ambas tareas y puedo decir con exactitud, porque las he contado, que en muchas épocas de mi vida han sido 40 horas semanales dedicadas a la investigación y otras 40 a mi marido y mis hijos. Haberme casado con un compañero, ahora catedrático, ha sido un motivo de plenitud y he de confesar que esto ha contribuido a una estupenda relación entre nosotros. La educación de mis hijos me ha resultado una tarea apasionante. He tenido y tengo la gran ayuda de mi madre, ahora con 90 años, pero aún así, he renunciado a bastantes cosas, casi sin esfuerzo, porque esa renuncia me permitía dedicarme mejor a mi familia y esto me interesaba mucho. Por ejemplo, cuando mi grupo recibió un premio internacional por un trabajo de cromatografía, no quise desplazarme a Estados Unidos por no perturbar la vida de mi casa, y el premio tuvo menos relieve". Otro ejemplo: "Qué duda cabe que, para un científico es muy necesario el dominio de idiomas. Pues bien, aunque ya hablaba, por ese motivo, francés e inglés, me impuse estudiar alemán durante seis años para poder ayudar a mis hijos que estudiaban en un colegio bilingüe".

¿Consejos a los jóvenes, desde la plataforma de la jubilación? "Pero, ...si dan a entender que no los necesitan, que cualquier cosa que les podamos decir los mayores, por ese mero hecho, es inservible..". Esto hace pensar que también en el mundo de los investigadores hay fisuras entre los jóvenes y los adultos: "lo malo es que son fisuras muy dolorosas, aunque la colaboración —no

digo la fidelidad— es también una fuente muy importante de satisfacciones". ¡M.J.! de 17 doctores, cuyas tesis has dirigido, ¿cuántos han reconocido la labor del director de tesis: "Casi todos, error 6 por 100".

Dime, aunque sea improvisando: ¿Qué sentimientos te despierta esto de la jubilación? "No tengo que improvisar porque es algo sobre lo que he reflexionado desde hace tiempo. No es justo, porque estoy en condiciones de seguir trabajando bien. Comprendo que el laboratorio no es un club para recreo de los jubilados, pero me irrita recordar que cuando obtuve mi condición de funcionaria era hasta que cumpliera los 70 años y no he roto ninguna de las restantes cláusulas de aquel pacto. Sé que el dinero, desde ahora va a ser menos, a pesar de que los investigadores estamos acostumbrados a llevar una vida austera... También podría decir que me alegra la jubilación para hacer lo que antes no pude: me gustaría aprender a pintar al óleo, es algo que siempre he deseado y nunca he podido hacer. También me gustaría meterme en la cocina, pero sinceramente esto tiene menos emoción: si conoces el grosor del filete y tienes un termómetro para medir la temperatura del aceite... dónde está el mérito de que te salga bien el solomillo?".

¡María Josefa! Permíteme que te dé un consejo, aunque seas mi entrevistada: No te creas eso de que los jóvenes desestiman las sugerencias de los mayores. Eso será de según cuales. Y tú tienes mucho que decirles, no sólo porque iniciaras tu vida profesional bajo la dirección del profesor C.N. Hinshelwood, de Oxford, que luego llegó a premio Nobel de Química en 1956, y porque luego mantuvieras una estrecha relación con el profesor G. Porter, de Sheffield, también premio Nobel de Química en 1968.